

Crónica de una exhumación: las cuatro víctimas de Bértoa

Carmen García-Rodeja

(ARMH)

Carmela Galego

(ARMH)

El jueves, 21 de septiembre de 2023, apareció el primer cuerpo. La expectación era grande entre familiares, vecinos, artistas, amigos, testigos e investigadores.

Desde unos días antes, el equipo técnico de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) había empezado el trabajo de prospección en el cementerio de Bértoa del Ayuntamiento de Carballo (A Coruña) pero la tierra había sido removida y sólo aparecían restos de piedras talladas, huesos rotos o adornos de lápidas. Estaba hecho un desastre.

Teníamos dos lugares posibles de enterramiento. El primero, indicado por la testigo, Trinidad Martínez, quien nos contó cómo el párroco, llamado Narciso, no había permitido que los cuerpos acribillados, aparecidos el 29 de septiembre de 1936, quedarán tirados en A Costa da Pala en Queo de Arriba. El sacerdote, el padre de la testigo, el mayordomo de la iglesia, un concejal y varios vecinos los recogieron, encargaron unas cajas y después de velarlos los enterraron junto a la puerta de entrada. Ella lo había visto siendo una niña.

Según avanzaba el trabajo se decidió continuar unos tres metros más adelante como estaba previsto en el informe. Entre el público estaba una vecina, María, quien



Un momento de la excavación (Fuente: Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica).

nos informó que su padre Manuel Díaz contaba cómo los cuatro cadáveres estaban a tres zancadas a partir de la sepultura de su abuelo. La documentación escrita nos informaba de la hora y el lugar de fallecimiento; de los nombres y las características



Detectando metales (Fuente: Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica).

de los asesinados y del lugar aproximado del enterramiento.

Las remodelaciones en el cementerio hacían difícil que los cuerpos pudieran ser encontrados, pero aparecieron. El primer cuerpo tenía botas; el segundo, alpargatas, teniendo restos de violencia, pero los otros dos tardaron en ser localizados. Después de un trabajo minucioso y un par de metros en dirección oeste, fueron hallados. De los dos que faltaban, uno de ellos era de pequeña estatura, el otro tenía los restos de un chaleco y de un pantalón y, a diferencia de otras exhumaciones, estaban en unas cajas, pero no unas sencillas de pino, sino que contenían cristal, agarraderas y una de ellas pintada de azul. Eran extrañas unas cajas de tan buena factura. La duda de saber si eran los cuerpos que buscábamos se resolvió al constatar el equipo técnico que estaban los dos acibillados a balazos. Las cajas habían sido obra de Serrano, el carpintero, encar-

gadas por indicación del párroco quien tras aquel año de 1936 hubo de sufrir represalias. Ochenta y siete años después los vecinos de la parroquia lo siguen recordando, mientras que el párroco actual, borracho de odio, estuvo sembrando maldad en contra de la recuperación de los cuerpos.

La gente vio cómo se hacía el trabajo y vino a ayudar y a apoyar. Las familias, las que estaban en el lugar y desde la distancia, siguieron paso a paso el proceso y el trabajo.

«Hoy ha sido unos de los días más importantes para Galicia, hemos recuperado al pintor Francisco Miguel» decía emocionado el escritor Miguel Anxo Fernán Vello. A través del hilo que se inició para recuperar a Francisco Miguel Fernández Díaz, supimos de sus compañeros de infortunio.

Juan Boedo Pardo tenía 28 años, era de la aldea de San José en Meicende (A Coruña) y trabajaba, junto a su hermano Manuel, en la compañía coruñesa de gas y electricidad. Cuando estalló el golpe de estado de 1936 fueron con otros individuos, a la estación del tren a recoger unas armas que nunca llegaron. A partir de ahí se inició la persecución. Juan fue detenido por los falangistas y la Guardia Civil, siendo secuestrado y posteriormente asesinado en Queo de Arriba, en Bértoa (Carballo). A su hermano le salvó el jefe de la compañía de gas. Juan Boedo dejó viuda y dos hijos pequeños.

Andrés Pinilla Fraga era conserje en el colegio notarial de A Coruña. Había nacido en Madrid. Era viudo y tenía cuatro hijos jóvenes. Estaba implicado en la obtención de mejoras sociales para el pueblo, siendo uno de los promotores de la sociedad «Unión Campesina Republicana», después «A casa do Pobo de Nós», en Oleiros (A Coruña). En septiembre de 1936, secuestraron a dos de sus hijos. Sabemos de sus lágrimas en el cuartel de la Guardia Civil: «*Fillos, fillos do meucorazón*», indicaba Andrés cuando nadie le daba información sobre ellos, los



Uno de los objetos encontrados (Fuente: Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica).

cuales eran Andrés y Enrique Pinilla Calvente, de 29 y 23 años respectivamente, cuya desaparición tuvo lugar el día 25 de julio. Nunca más se supo de ellos.

El padre, Andrés Pinilla Fraga, salió del cuartel. A los dos días él y su otro hijo, Pedro, fueron detenidos y asesinados por miembros de la Falange local y de la Guardia Civil. Sus cuerpos aparecieron también en la Costa da Pala en Queo de Arriba.

El testimonio de la desesperación de ese triste padre fue descrito por Syra Alonso, la mujer del pintor Francisco Miguel, en sus «*Diarios*», cuando ella también iba a preguntar por su marido, sin saber que iba a correr la misma suerte que ese padre y su hijo.

El artista Francisco Miguel Fernández Díaz había nacido en A Coruña en 1897. Fue pintor, ilustrador, crítico de arte y dueño de

la librería de arte de la calle Real. Colaboró activamente con la revista de arte *Alfa*, de la que fue director artístico, y participó en la actividad intelectual de la ciudad. Hizo numerosos viajes con los que tuvo acceso a nuevas experiencias artísticas como el hecho de viajar a París donde estuvo en contacto con movimientos como el cubismo, el dadaísmo y el surrealismo, y junto con su esposa se acercaron al arte del siglo XX.

A lo largo de su vida realizó múltiples estancias y cambios de residencia: entre 1921 y 1923 estuvo en París, donde se formó en el arte del batik y entre 1926 y 1933 estuvo en Cuba y en México, donde nacieron sus hijos Juan Ramón y Sandro y donde formó una comuna de artistas junto al muralista David Alfaro Siqueiros. La estancia mejicana que duró siete años le permitió ponerse

en contacto nuevamente con representantes de la vanguardia artística del momento como: Diego Rivera, Frida Khalo, Blanca Luz Brum, Dolores Olmedo, etc, estos son algunos de los nombres con quien tuvo una relación personal y artística.

En 1933, Francisco Miguel regresó con su familia a España y se instalaron en Oleiros (A Coruña) en «La casa de la dicha». Fue en ese lugar, el 3 de agosto de 1936, cuando fue detenido por la Guardia Civil acusado de «actuar contra el régimen de Franco». Su delito era haber ayudado a perseguidos como Césareo del barrio de Santa Lucía o al presidente del semanario «*Despertar marítimo*» y a sus compañeros. La mujer, Syra, movió sus influencias y consiguió la libertad de su marido. Pero, el 19 de septiembre fue capturado de nuevo y trasladado a la comisaría, a la comandancia militar y después a la cárcel de donde fue sacado el 29 de septiembre para asesinarlo.

Su cadáver apareció junto a las otras tres personas cruelmente ejecutadas, con heridas de arma de fuego en el Campo de Morgade, Queo de Arriba. Posteriormente fueron enterrados en una fosa común en el cementerio de Bértoa, Carballo.

En palabras de su nieta Jey:

«Mi abuela llevaba a la cárcel la cena para su marido en un cesto, y en el fondo depositaba un mantelito, una servilleta bordada prendida con unos alfileres. Era una clave... si una mañana recogía mi abuela el cesto sin la servilleta, es que esa noche habían sacado a Paco a pasear. Así ocurrió la mañana del 29 de septiembre, cumpleaños de Paco. Hacia el mediodía, mi abuela Syra se enteró de los paseados de Bértoa y allí se encaminó. Cuando llegó, obvio, ya habían sido sepultados. El cura de la parroquia, le dijo a mi abuela que le había llamado la atención que en las ropas de uno de ellos había una servilleta bordada, prendida por

el interior de la camisa, que se la había quitado -me está costando trabajo escribirlo- y le entregó la servilleta a mi abuela»^[1].

Syra, su mujer, siguió su pista, yendo innumerables veces a Carballo, siendo allí donde supo dónde estaba enterrado y aprovechaba para llevarle flores. Estuvo informándose de lo sucedido y tuvo conocimiento que el juzgado de Carballo había realizado un informe que decía: «cadáver que apareció en un punto de Morgade, en el lugar de Queo de Arriba, de la parroquia de Bértoa. Un hombre de treinta a treinta y tres años, alto, viste traje gris, camisa blanca, jersey color beige, zapatos y calcetines castaños; todo en buen uso. Tiene la cabeza deshecha y tres heridas, una en el hombro izquierdo y dos en el vientre, al parecer de bala». El propio juzgado le permitió leer el informe pero le dieron a firmar otro en el que se afirmaba que la muerte había sido provocada por un «colapso cardiaco»^[2].

En dicho libro, Syra Alonso reproduce lo siguiente:

«Número 29: Nombre y apellidos: Francisco Miguel Fernández Díaz. En la villa de Carballo, provincia de A Coruña, a las diecisiete horas y quince minutos del día cinco de octubre de mil novecientos treinta y seis, se procede a inscribir la defunción de Francisco Miguel Fernández Díaz, de treinta y seis años de edad, natural de A Coruña, provincia de A Coruña, hijo de don Ramón y de doña Marcelina, domiciliado en la referi-

1.-Entrevista realizada a Jey Fernández, nieta de Francisca Miguel en septiembre de 2023, por Carmen García-Rodeja.

2.-Acta de defunción y levantamiento de cadáver por el juzgado de Carballo el 5 de octubre de 1936, en Syra Alonso, *Diarios*, Vigo, A Nosa Terra, 2000. Fue de gran importancia porque la documentación histórica del juzgado de Carballo (A Coruña), debido a múltiples cambios de sede, está desaparecida.



Homenaje (Fuente: Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica).

da ciudad de A Coruña, de profesión pintor y de estado civil casado con Syra María Alonso Brufau, matrimonio del que deja tres hijos llamados Francisco Alberto, Juan Ramón y Sandro de trece, siete y tres años de edad. Francisco Miguel falleció de un colapso cardíaco, en el punto llamado campo de Morgade, del lugar de Queo de Arriba de la parroquia de Bértoa. Firman el juez y más testigos».^[3]

Después, Syra acudió al párroco llamado Narciso quien la consoló y le explicó por escrito donde lo habían enterrado y finalmente le dijo: «Con la modesta limosna de los labradores de esta aldea compré la caja que guarda a su marido». Una de esas cajas hermosas que aparecieron y que nunca habíamos encontrado en una exhumación de represaliados por el fascismo.

3.- *Ibidem*.

Ochenta y siete años después, se ha logrado recuperar los cuatro cuerpos de las víctimas en ese lugar, donde permanecían sin nombre. Y seguimos reivindicando su memoria.

«[...] Ti regresas agora e de súbito somos unha maré que ferve, as palabras acesas o pobo a recibirte, toda a memoria viva, o triunfo da verdade [...]»

Fernán Vello^[4]

4.- Miguel Anxo Fernán Vello, «A Francisco Miguel, pintor coruñés asasinado polos fascistas de 1936».